

El "Ruido de los Siglos": La lectura de un milagro de Gonzalo de Berceo

María Eugenia Góngora

Departamento de Literatura
Universidad de Chile

ABSTRACT

The title of this paper refers to the difficulties that arise at times when we want to understand the meaning of a literary work from the past, although the work in question belongs to us in more than one sense, as in the case of the Milagros de Nuestra Señora, by Gonzalo de Berceo, written around 1250 for a wide public, based on Latin collections of stories of miracles from the Virgin Mary. Then what we must do is to place ourselves as readers of today and to take on not only the time and distance as such but also the processes of cultural change that are involved.

El título de esta ponencia se refiere a las dificultades que a veces se nos hacen patentes cuando queremos aprehender el sentido de una obra literaria del pasado, aunque se trate de una obra que nos pertenece en más de algún sentido, como los Milagros de Nuestra Señora de Gonzalo de Berceo compuestos alrededor de 1250 para un público amplio, basándose en colecciones latinas de relatos de milagros de la Virgen María.

De lo que se trata entonces, es de situarnos como lectores de hoy día y de asumir no sólo el tiempo y la distancia, sino los procesos de cambio cultural que ellos comportan.

Nuestro poeta nació a fines del siglo XII en Berceo, en la actual provincia de Logroño y recibió, al menos en parte, su educación en el cercano monasterio benedictino de San Millán de la Cogolla. Gonzalo de Berceo trabajó en este monasterio en calidad de clérigo secular, en oficios administrativos, y probable-

mente fue notario del abad de San Millán. Sabemos que la mayoría de sus obras ha llegado hasta nosotros y se las puede incluir en tres grupos: 1.- poemas hagiográficos, (vidas de santos locales) 2.- poemas dedicados a la Virgen y 3.- dos obras doctrinales. Se le atribuyen además 3 himnos, entre ellos el famoso "Eya Velar", un poema de Navidad.

La formación literaria de Berceo, como la de tantos clérigos medievales, se basaba por una parte en el estudio y la ejercitación de la retórica, conocida a través de las artes poéticas, los manuales que recogían las técnicas de los autores latinos; pero también se apoyaba de manera importante en los manuales de predicación al uso, las *artes praedicandi*.

La importancia de estos manuales de predicación fue posiblemente casi tan grande como la de los artes poéticas. En los manuales se distinguían dos tipos de prédicas o sermones:

En primer lugar los cultos (divisio intra), dirigidos a una congregación de clérigos, normalmente en latín; en segundo lugar, los populares (divisio extra) en romance, concebidos para una asamblea de laicos.

Para el sermón popular se ofrecía al predicador una gran cantidad de material narrativo para ilustrar su prédica. Hay que recordar que el predicador necesitaba captar y mantener la atención y el interés de su auditorio.

Por ello, los sermones debían "deleitar y enseñar", y se recurría a la utilización de exempla, (cuentos ilustrativos extraídos de la biblia, la historia, fábulas de animales, la experiencia y la observación reales o ficticias del propio predicador). Incluso se utilizó la sátira y la presentación realista del lenguaje popular, sobre todo a finales de la Edad Media.

Un poeta como Berceo, cuando se dirigía a un auditorio amplio, tenía las mismas exigencias que las de los predicadores populares. En la España medieval hubo poetas que eran también predicadores, e incorporaron leyendas tanto a sus sermones como a sus poemas. Si un escritor deseaba competir con técnicas, tenía que usar algunas de sus técnicas. Algunos clérigos, sin embargo, se mostraron hostiles a la juglaría y afirmaron su propio mester de clerecía como el mejor, sin pecado. Gonzalo de Berceo, por su parte, revela una postura indecisa al respecto y se nos presenta como un juglar (p. ej. en la *Vida de Santo Domingo*) y pide como recompensa un *vaso de buen vino*.

Además de la formación clerical de Berceo, tenemos que tomar en cuenta las fuentes como el empleo para sus *Milagros de Nuestra Señora*. A partir del siglo XI se compilaron en Europa varias colecciones de relatos de milagros marianos. Su difusión se dio por vía oral —en sermones y recitación de poemas— y por medio de manuscritos; pasan de la lengua latina originaria a las lenguas vernáculas y circulan más allá de Europa, incluso, en colecciones árabes y etíopes. Unas cien de estas leyendas se repiten con gran frecuencia.

En el siglo XIII tenemos tres importantes colecciones de milagros maria-

nos en España: Los Milagros de Berceo, en castellano; las Cantigas de Santa María de Alfonso el Sabio, en galaico-portugués; los Milagros en prosa latina, de Gil de Zamora; estas dos últimas obras tienen versiones de la mayoría de los sucesos milagrosos que narra Berceo.

La fuente latina de estos milagros la constituye una colección de 28 leyendas en prosa y se cuenta con un manuscrito de ella, el manuscrito Thott, actualmente en la biblioteca Real de Copenhague, y que es muy semejante al que debió utilizar Berceo. Este omitió cuatro de los milagros latinos e incluyó un local, hispánico, y una introducción alegórica que no se halla en la fuente latina.

En esta introducción se nos describe una pradera, el tradicional "lugar ameno" de las retóricas latinas: el prado es la Virgen y todos los elementos del tópico están relacionados con sus virtudes, con los relatos evangélicos que se referían a ella y por cierto, a sus milagros.

Parece claro que el objetivo principal del autor de los Milagros no es tanto proporcionar información acerca de la Virgen como inspirar devoción hacia ella. Para ello la estructura del Milagro es sin duda la más adecuada.

El milagro que me sirve de ilustración del problema que quisiera plantear aquí es *El Sacristán Impúdico* y presenta afinidad con la cantiga 11 y con la Cantiga 111 de Alfonso el Sabio, y con el ejemplo 276 del Libro de los Ejemplos por el ABC, una colección del siglo XV compuesta probablemente para uso de predicadores.

En resumen, el argumento de este milagro es el siguiente: en un monasterio cuyo nombre el narrador no quiere nombrar, vivía un monje muy devoto de la Virgen, que fue nombrado sacristán de la iglesia por sus buenas cualidades; sin embargo, fue tentado por el diablo, y cayó en el pecado de la lujuria, saliendo todas las noches del monasterio a pecar al pueblo vecino. Aunque pecador, seguía siendo devoto de la Virgen, y cada noche a la entrada y a la salida de la iglesia hacía una venia ante su imagen.

Una noche, volviendo del pueblo, cayó al río cercano al monasterio y se ahogó, muriendo así en pecado mortal, sin haber tenido la oportunidad de arrepentirse. Los ángeles y los demonios acudieron a pelear por obtener su alma, pero los ángeles debieron abandonar la batalla, tristes por la suerte del monje. Acudió en ese momento la Virgen Gloriosa, dispuesta a luchar por el alma de su devoto. Después de una discusión con el vocero de los demonios, quien hacía presente el fundamento doctrinal según el cual el monje debería condenarse por haber muerto en pecado mortal, la Virgen insiste en su argumento, según el cual el monje podía salvarse por haber sido su devoto. Acude a su hijo Jesús, "Alcalde derecho", quien devuelve el alma al cuerpo del monje; éste se arrepiente de su pecado, da gracias a Dios y a la Virgen por haberlo salvado de la condenación eterna y lleva una vida santa hasta su muerte.

Frente a este texto, y después de esta introducción, me interesa plantear un problema. Cuál es nuestra lectura de este milagro, y más en particular, de cualquier milagroso sucedido a hombres y mujeres en pecado.

El relato de milagros fue un elemento fundamental en la tarea de evangelización y conversión de los paganos durante la Edad Media, pero en el caso de este Milagro de Nuestra Señora y su público, como ya hemos señalado, no se trata de convertir ese público a una nueva fe sino de reforzar la fuerza de la devoción. Lo que este Milagro parece decir —a lo menos a nosotros como lectores de hoy día— es que la devoción a la Virgen es la mejor garantía de salvación en esta vida y para la vida eterna, aunque seamos pecadores.

Podríamos tener una actitud condescendiente frente a este texto. Sin embargo, creo que no podemos simplemente descartar un texto como éste calificándolo de ingenuo. De hecho, en su contexto propio, es todo menos ingenuo, tal como lo hemos descrito: es un relato compuesto seriamente, por un clérigo, para inspirar devoción a la Virgen y para ser recitado o predicado, usado en el contexto de un sermón.

La historia que se nos cuenta pone en evidencia que frente a la doctrina del pecado, (doctrina apoyada por el diablo, un buen conocedor), tenemos la fuerza aún mayor de la Virgen que apoya a su devoto aunque éste sea un pecador y haya muerto en pecado mortal sin tiempo para arrepentirse.

Mi pregunta es: ¿podría este milagro ser compuesto por un clérigo de nuestros días? y si lo fuera ¿podría ser predicado ante los fieles?. Creo que la respuesta es que no, y podemos preguntarnos por qué no podría ser predicado o leído este relato para la edificación de los fieles de hoy. Más fundamentalmente, nos podemos preguntar qué ha pasado en la conciencia religiosa católica que hace que este texto sea ilegible —en el sentido de incomprensible y de inaceptable— para los cristianos de hoy.

Nos podemos preguntar entonces qué proceso fundamental para la conciencia religiosa ha ocurrido entre entonces y nuestros días, cuál es el "ruido de los siglos" que impide que escuchemos con claridad lo que en ese Milagro se nos dice.

Desde luego, las tendencias racionalistas —de cualquier época y lugar— hacen dudoso un relato de un milagro, dentro o fuera del cristianismo. Eso es algo evidente y a ello hay que sumar que el racionalismo católico ha marcado la relación de las jerarquías eclesiásticas con lo maravilloso, lo sobrenatural y aún con el ámbito de la experiencia mística en forma más bien negativa.

Pero en particular ha ocurrido algo con la *devoción*, y con la fuerza que se le atribuyó a las devociones.

Sin duda, me parece que la contrarreforma católica, en su afán natural de contraargumentar a la crítica protestante, influyó de manera decisiva, a largo plazo, en la conciencia. Frente al problema de la fe, de la salvación por la fe,

tal como lo planteó Lutero, la contrarreforma enfatizó la fe y las obras —no la sola fe—. Y por otra parte, frente a la devoción vocal, externa, apoyada en las rutinas tradicionales —podríamos decir— se apoyó la devoción mental, el autoexamen, el examen de conciencia, la interiorización e individualización de la religión. Esto último fue un punto esencial en el pensamiento de Erasmo de Rotterdam.

A mi modo de ver, entonces, estos factores: el racionalismo por una parte y la interiorización de la devoción, la importancia de las obras buenas —y no la sola fe, la coherencia entre fe y moral, entre devoción y moral— todos ellos coinciden en este cambio de la conciencia cristiana que hace, como decía, casi ilegible para hoy el Milagro que hemos tomado por ejemplo (pero que no es el único en esta línea). Hay por lo demás otras obras de la literatura española que se pueden atraer como ejemplos ilustrativos de este proceso, y creo que vale la pena tomar un texto de Cervantes que nos puede ayudar a visualizar mejor este proceso.

Como sabemos por los estudios de Américo Castro y en especial de Marcel Bataillon, el pensamiento de Erasmo fue particularmente influyente en España y se ha planteado que Cervantes acogió la sabiduría eramista a través de López de Hoyos, puesto que parece poco probable que haya leído directamente el *Enchiridion* o los *Coloquios*. Quiero poner frente a frente un pequeño *corpus* de citas de Erasmo y de una de las novelas ejemplares de Cervantes, para mostrar un momento de la historia religiosa y literaria en la que la figura del *pecador devoto*, tan frecuente en la literatura medieval ya no es *posible*, ya no es "inteligible" en la literatura española.

Leemos en el *Enchiridion*, el conocidísimo *Manual del Caballero Cristiano*, de Erasmo:

Establecer la religión en las ceremonias extensas es una sublime estupidez. Llega a ser una revuelta contra el espíritu del Evangelio y es una regresión a las supersticiones del judaísmo (...). La Caridad no consiste en las muchas visitas a las iglesias, en las muchas venias ante las estatuas de los santos, en el encender velas o en la repetición de cierto número de oraciones. De estas cosas Dios no tiene necesidad (Enchiridion, regla Quinta).

Y en el diálogo titulado *Ictophagia*, entre el Pescador y el Carnicero:

Conozco a muchos sacerdotes que consideran un gran pecado el omitir parte de sus oraciones o de haber dicho algo atribuyéndolo a la Virgen María, cuando correspondía atribuirlo a San Pablo. Pero estos mismos sacerdotes no consideran un crimen jugar, visitar prostitutas y beber, aunque estos actos están prohibidos por las leyes humanas y divinas (Pescador).

¿Cuántos han que poner más confianza en la protección de la Virgen o de San Cristóbal que en Cristo?. Ellos veneran a Su Madre con imágenes, cirios y cantos, y por otra parte ofenden a Cristo con su vida imponible (...)

Creen tener a la Virgen por amiga por que le cantan por las tardes la canción "Salve María", aunque no entiendan lo que dicen en ella (Carnicero)

Por otra parte, en *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, tenemos los siguientes ejemplos de la percepción de su autor con respecto al tema de la devoción y el pecado. Los dos jóvenes protagonistas se encuentran en Sevilla, en la Corte de los milagros, en la cual reina Monipodio, rey de los ladrones. Allí se encuentran con prostitutas y delincuentes muy devotos de la Virgen, y ellos están seguros de que su devoción es garantía de su salvación eterna. Cervantes tiene sin duda una mirada irónica sobre esta devoción separada de la moralidad, y en este sentido, pensamos que está cercano al pensamiento de Erasmo.

RINCONETE Y CORTADILLO

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco, dos de la esportilla y un ciego; y sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta, con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda, y, sin decir nada, se fue a la sala, y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y a cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios.

.....

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha que me trae loca; y más que antes que sea mediodía tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase.

.....

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que

había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, y más cuando por decir "modum sufragii" había dicho "por modo de naufragio"; y que "sacaban el estupendo", por decir "estipendio", de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como "marinero de Tarpeya" y un tigre de "Ocaña", por decir "Hircania", con otras mil impertinencias cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinte y cuatro reales lo recibiese el Cielo en descuento de sus pecados; y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenía y la confianza de irse al Cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios, y de ofensas que dejaba la canasta de colar hurtada guardada en su casa y se iba a poner candelillas de cera a las imágenes y con ello pensaba irse al Cielo calzada y vestida. (mi subrayado)

.....

Quisiera terminar planteando entonces que el "ruido de los siglos" es efectivo, no es predecible ni modificable a voluntad, pero que el hecho de asumir los cambios culturales y de tener la intención de identificarlos y asumirlos nos puede hacer mejores lectores de las obras del pasado.